

## Hacia *Política poética*. Las conferencias “sociales” de Juan Ramón Jiménez en Argentina y Uruguay

*Towards Poetic Politics.  
The “Social” Conferences of Juan Ramón Jiménez in  
Argentina and Uruguay*

**Rosa García Gutiérrez**  
Universidad de Huelva  
ORCID: 0000-0002-3058-7901

**Date of reception:** 04/09/2024. **Date of acceptance:** 30/09/2024.

**Citation:** García Gutiérrez, Rosa. “Hacia *Política poética*. Las conferencias “sociales” de Juan Ramón Jiménez en Argentina y Uruguay”. *Revista Letral*, n.º 35, 2025, pp. 32-56. ISSN 1989-3302.

**DOI:** <http://dx.doi.org/10.30827/RL.voi35.31513>

**Funding data:** The publication of this article has not received any public or private finance.

**License:** This content is under a Creative Commons Attribution-NonCommercial 4.0 International (CC BY-NC 4.0) license.

### RESUMEN

En 1948 Juan Ramón Jiménez, invitado por Los Anales de Buenos Aires, realizó una gira de conferencias por diversas ciudades de Argentina y Uruguay. La mayoría de ellas recogían su pensamiento político y social, mostrando una faceta muy alejada del tópico del poeta enclaustrado y descomprometido. Algunas de estas conferencias habían sido pronunciadas en Cuba, Puerto Rico o Estados Unidos, pero en 1948, por primera vez, las agrupó y organizó con la intención de exponer sus reflexiones sobre las democracias, los totalitarismos, el comunismo, el capitalismo, el imperialismo, el mercantilismo o el progreso tecnológico. Este artículo analiza estas conferencias pronunciadas en el Río de la Plata en un triple contexto al que el poeta no fue ajeno: el fin de la Segunda Guerra Mundial, el peronismo y la comunidad intelectual del exilio español. Argumenta, igualmente, que estas conferencias, de larga gestación, constituyeron el germen del proyecto *Poética política* que, finalmente, quedó inédito hasta su publicación póstuma en 1982.

**Palabras clave:** Juan Ramón Jiménez; *Política poética*; Los Anales de Buenos Aires; exilio español.

### ABSTRACT

In 1948, Juan Ramón Jiménez, who was invited by Los Anales de Buenos Aires, held a conference tour in various cities of Argentina and Uruguay. Most of them collected his political and social thinking, showing a facet far removed from the topic of the cloistered and uncommitted poet. Some of these conferences had been voiced in Cuba, Puerto Rico or the United States, but in 1948, for the first time, had been grouped together and organized pursuing the exposure of his reflections on democracies, totalitarisms, comunism, capitalism, imperialism, mercantilism or the technological progress. This paper analyzes the conferences that were pronounced at the Río de la Plata, in a triple to which the poet was not foreign: the end of World War II, the peronism and the intellectual community of the Spanish exile. It argues, as well, that these conferences, which were long-term, constituted the seed of the project *Poética política*, which was unpublished until its posthumous publication in 1982.

**Keywords:** Juan Ramón Jiménez, *Política poética*; Los Anales de Buenos Aires; Spanish exile.

Según contó Zenobia Camprubí a Gonzalo Losada, el fundador de la emblemática editorial argentina con la que Juan Ramón Jiménez publicó parte de su obra durante el exilio, la primera invitación que Sara Durán de Ortiz Basualdo cursó al poeta para pronunciar un ciclo de conferencias en Buenos Aires llegó a manos del destinatario a finales del 46: “Desde el invierno de 1946 –escribe Zenobia– Juan Ramón está invitado para dar una serie de conferencias en la Argentina y otros países hispanoamericanos por ‘Los Anales de Buenos Aires’” (Camprubí, *Epistolario III* 754). La asociación Los Anales de Buenos Aires acababa de fundarse en enero de ese año bajo el mecenazgo de Sara Durán siguiendo el modelo de la *Université des Annales de París*, una institución cultural privada creada a comienzos del siglo XX por Yvonne Sarcey (seudónimo de Madeleine Brisson), complementaria a la revista *Les Annales politiques et littéraires* que dirigía su esposo, Adolphe Brisson, para organizar charlas sobre asuntos artísticos y literarios que se reunían luego en otra revista llamada *Conferencia* (Louis 96). La institución acababa de retomar su actividad en 1945, tras el paréntesis de la Segunda Guerra Mundial, alentada por el triunfo aliado y conmovida por la violencia y la destrucción de la guerra, quintaesenciadas en el horror nazi que empezaba a conocerse en detalle. Más que nunca, algunos círculos intelectuales se aferraban a la fe en la cultura para contrarrestar la barbarie. La confianza depositada en la conferencia como instrumento de difusión, estímulo, intercambio y concienciación social a través del trabajo intelectual regía el modelo de acción de estos *Annales* parisinos.

En Argentina, la iniciativa de replicar ese modelo y su espíritu surgió de un grupo de simpatizantes de la cultura francesa y de intelectuales aliadófilos que se habían posicionado durante la Segunda Guerra Mundial en la prensa argentina, cuando la aliadofilia era sinónimo de defensa de la democracia frente a los fascismos, y por eso, un espacio en el que confluyó una parte importante del exilio republicano asentado en el país<sup>1</sup>. Sara Durán asumió el mecenazgo y la presidencia de la asociación, que se

<sup>1</sup> Como explica Javier de Navascués, “en los años anteriores a 1945 la opinión pública argentina se había sentido emotivamente interpelada por los sucesos exteriores. El ascenso del nazismo, la Guerra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial fueron ocasión de ardientes debates, tanto en la calle como en las tribunas ideológicas” (66). El interés e implicación en los conflictos internacionales y, en general, en la cultura universal, era, de hecho, una de las señas de identidad de gran parte de la clase intelectual argentina y permite entender su desencuentro con el marcado nacionalismo cultural del peronismo.

propuso crear estrategias e instrumentos que permitiesen hacer frente desde la cultura y el pensamiento al creciente arraigo en Argentina de actitudes políticas totalitarias, con la convicción de que una de las causas de la crisis occidental y su máxima expresión, –el auge fascista y la estela bélica–, era el deterioro, menosprecio y desgaste de la función intelectual<sup>2</sup>. Aunque el carismático coronel Juan Domingo Perón no alcanzó el poder hasta febrero de 1946, su victoria en las elecciones era previsible por la popularidad que logró en sus actuaciones como ministro tras el golpe militar que, en 1943, apesadumbró a parte de la intelectualidad argentina al propiciar un gobierno que no ocultó sus resortes totalitaristas y su simpatía hacia las potencias del Eje. Quienes se reunieron en torno a Los Anales de Buenos Aires eran conscientes de las consecuencias para la cultura del autoritarismo y el populismo del nuevo régimen, y no pocos veían en Perón la versión criolla de Mussolini y la realización de un nacionalismo católico despreciativo con la alta cultura y los valores universales ilustrados. Lo que empezó siendo un espacio sin voluntad de adscripción política acabó asumiendo un evidente e inevitable sesgo antiperonista. Desde Los Anales se creía en la necesidad de reforzar y fundar espacios culturales al margen del intervencionismo oficial y propiciar redes intelectuales de resistencia –ya lo eran *Sur*, revista en la que Juan Ramón colaboró esporádicamente desde 1941, o los suplementos culturales de periódicos como *La Nación*, *La Prensa* o *Clarín*, donde escribían muchos de los agrupados en Los Anales–, necesidad que se fue cargando de sombras, riesgos, desafíos y dificultades al ponerse en marcha la maquinaria peronista. En la asociación y su revista homónima, baluarte aliadófilo primero, antiperonista después, defensor en todo caso de la democracia y de un legado humanista de raíz ilustrada que creía en peligro, colaborarían representantes del exilio español en Argentina (Rafael Alberti, Amado Alonso, Rosa Chacel, Francisco Ayala, Guillermo de Torre o Ramón Gómez de la Serna, entre otros); intelectuales franceses

---

<sup>2</sup> Annick Louis insiste en esto último haciendo referencia al “Editorial” del primer número de la revista *Los Anales de Buenos Aires*, uno de los instrumentos puestos en marcha por la asociación, y en el que se identifica “como causa de los acontecimientos europeos recientes, el olvido de la cultura y el desdén de la intelectualidad” (97). “La revista”, sigue Louis, “pretende estar desprovista de bandera política, y se propone defender la cultura”, intención que “va a adquirir un nuevo sentido político cuando Perón gane las elecciones en febrero de 1946” (97).

como André Gide, Paul Claudel o André Maurois, que precedió a Jiménez como conferenciante invitado en 1947; y rioplatenses como Enrique Molinari, Norah Borges, Carlos Mastronardi, María Elena Walsh, Emir Rodríguez Monegal o Silvina Bulrich, por citar solo a algunos de los que tuvieron un mayor contacto con Juan Ramón. Jorge Luis Borges, significado antiperonista, asumió la dirección de la revista desde el tercer número hasta el penúltimo. Hay que subrayar el hecho de que este grupo viera en Juan Ramón Jiménez un perfil intelectual acorde a sus ideales y a su espacio<sup>3</sup>. El eco de las conferencias de tipo político que venía pronunciando desde 1936, algunas publicadas parcial o totalmente, tuvo que haberles llegado, contrarrestando el retrato caricaturesco de un Juan Ramón torremarfileño que se instauraba en otros países, entre ellos España, para disgusto del poeta, que siempre arremetió contra quienes lo acusaron de falta de compromiso con la realidad y la actualidad histórica<sup>4</sup>.

<sup>3</sup> Afinidad en lo sustancial, aunque no es absoluta. Juan Ramón sería, en mucha mayor medida que estos círculos, un defensor de lo popular, aunque en términos muy distintos de los instrumentalizados por el peronismo. Tampoco se sintió nunca a gusto con el concepto mismo de alta cultura y, de hecho, como veremos, le incomodó cierto elitismo que rodeó la organización del ciclo por parte de Sara Durán. En su política y en su poética, manejó un concepto ensalzador del pueblo de difícil encaje con muchos de quienes se agrupaban en Los Anales de Buenos Aires o en *Sur*, aunque todavía menos compatible con el populismo político, contra el que se manifestó en sus conferencias.

<sup>4</sup> La primera conferencia “social” –según denominación de Juan Ramón– del poeta fue “Política poética”, que leyó Jacinto Vallelado en la Residencia de Estudiantes el 15 de junio de 1936 al encontrarse afectado el poeta por una conjuntivitis, y fue publicada en folleto exento (Madrid, Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, Instituto del Libro Español, 1936. Imprenta S. Aguirre). Con el título “El trabajo gustoso” la pronunció tanto en Puerto Rico como en Cuba, en los primeros momentos del exilio, haciéndose eco la prensa de algunas de sus ideas. En la cubana *Verbum* (julio-agosto de 1937) aparecería publicado “Límite del progreso (notas)”, germen de la más extensa conferencia que, años después, llevaría ese nombre, y formaría parte del programa para el Río de la Plata. En las Universidades de Miami y de Duke, en diversas ediciones de las jornadas organizadas por el Instituto de Estudios Hispanoamericanos de la primera y en los Cursos de Verano de la segunda, Juan Ramón expuso “Aristocracia y democracia” (1940) y “El trabajo gustoso”, “Límite del progreso” y “Sucesión de la democracia. La razón heroica” (1942). La primera se recogió en el libro con que, cada año, la Universidad de Miami compendia las aportaciones a las jornadas del Instituto. Algunas ideas de estas conferencias sociales se filtrarían en el proyecto *Alerta* (1943) al que me referiré más adelante.

Precisamente uno de los exiliados en Argentina, Gómez de la Serna, había sido responsable de la caricatura de un Juan Ramón evadido y ausente, recluso en su paraíso artificial. Tanto a Juan Ramón como a Zenobia les dolió especialmente la “Biografía completa de Juan Ramón Jiménez” que Gómez de la Serna publicó en tres entregas en *Revista de las Indias* (entre mayo y septiembre de 1940: n.º 17, 18 y 21). Aunque Juan Ramón respondió públicamente señalando

Cuando llegó esa primera invitación para pronunciar una serie de conferencias en Argentina, Juan Ramón no estaba en su mejor momento. Hasta junio de 1947 permanecería ingresado en el sanatorio de Takoma por las invalidantes colitis que redundaban en su profundo abatimiento emocional, un decaimiento que iba y venía provocando periodos alternos de actividad y postración. Cuando llegó la segunda, a finales de 1947, la implicación de Los Anales en la red antiperonista de publicaciones, círculos y asociaciones había crecido, albergando a una élite no solo vigilada sino también, en algunos casos, hostigada. Juan Ramón ya estaba en su casa, pero no se encontraba bien ni física ni anímicamente. El 5 de marzo de 1948, Zenobia, preocupada por la situación del poeta, escribía a su amiga Olga Bauer: “Ya ni ve a la gente de W[ashington] y le pone inconvenientes a todo el que quiere venir por aquí. Esto a mí me desespera, porque es el principio de un camino peligroso y necesita algo que lo estimule y le devuelva su propia vida” (Camprubí, *Epistolario III* 740). Ante tal panorama, empezó a ver en Argentina un bálsamo y hasta un antídoto contra la depresión paralizante de Juan Ramón, por el clima y por el ambiente: un ambiente amistoso no solo en español –la dificultad del poeta para comunicarse en inglés lo aislaba y abatía todavía más– sino en gran medida, español, podría estimularlo y devolverle “su propia vida”<sup>5</sup>. A finales de ese mes llegó el ultimátum de Sara Durán y el sí de los Jiménez, a pesar de la inestable situación del poeta. Desde ese momento Zenobia se encargó de la lenta negociación del contrato, rebajando las exigencias de la propuesta inicial –28 conferencias en 6 países y a lo largo solo de dos meses, impensables por salud y por edad para Juan Ramón– y combatiendo la indecisión del poeta exánime y

---

errores flagrantes en la supuesta biografía y defendiéndose, Gómez de la Serna incluyó el artículo, sin modificaciones, en *Retratos contemporáneos* (Buenos Aires, Sudamericana, 1944). A pesar de todo, cuando llegó a Argentina Juan Ramón quiso visitar a Gómez de la Serna, visita que se produjo, aunque Antonio Campoamor cree plausible dudar de la descripción que de ella hizo Rafael Alberti en *La arboleda perdida*. Basándose en testimonios de Zenobia y de Luisa Sofovich afirma que transcurrió con cordialidad y que Zenobia aprovechó para insistirle a Ramón en los errores de su “Biografía completa de Juan Ramón Jiménez” (Campoamor 309-310).

<sup>5</sup> Soledad González Ródenas apunta otro factor que explicaría el especial interés de Zenobia en conseguir que el viaje saliera adelante: la posibilidad de resolver con Losada una serie de irregularidades y conflictos económicos que afectaban a los derechos de autor de Juan Ramón, que constituían una fuente de ingresos fundamental para el matrimonio (en Jiménez, *Guerra en España* 81).

apático. El contrato definitivo partiría finalmente de la base de cuatro conferencias impartidas en dos países, Argentina y Uruguay, las cuatro reunidas finalmente bajo el título general “Conferencias sobre poesía y vida”<sup>6</sup>.

Antes del cierre del contrato, el 8 de junio, Juan Ramón había enviado a Sara Durán el poema “Espacio. Fundición” para *Los Anales de Buenos Aires*<sup>7</sup>. El número al que estaba destinado (el 23 del año III), que salió a la calle en julio del mismo 1948, dedicado a Juan Ramón y con participación de españoles (Rafael Alberti, Rosa Chacel, Guillermo de Torre o Alejandro Casona) y argentinos (Ricardo E. Molinari, Carlos Mastronardi y, como ilustradora, Norah Borges), aunque acabó siendo el último de la revista, fue la mejor carta de presentación de Juan Ramón al público rioplatense (se anunciaba el programa de conferencias) y también su mejor bienvenida. En la misma carta, Juan Ramón incluyó el primer proyecto detallado del ciclo: “Mis conferencias, que responden al concepto de *Conferencia sobre poesía y vida*, como le dije, llevan el título jeneral de *Política poética*, y sus subtítulos y orden son así: 1. Democracia y Aristocracia. 2. Límite del progreso. 3. El trabajo gustoso. Y 4. Sucesión de la democracia” (Jiménez, *Selección de cartas* 202). Sara Durán respondió mostrando su temor por algunos de los títulos, un temor justificado por la necesidad que estos círculos de resistencia tenían de eludir la confrontación o provocación directa con el poder peronista, y al que Juan Ramón fue sensible. El 22 del mismo mes Juan Ramón mandó la propuesta que finalmente se trasladó al contrato, en la que, para evitar suspicacias, se suprime el título general

<sup>6</sup> Las cartas que recogen el intercambio epistolar entre Zenobia y Sara Durán están en Camprubí, *Epistolario III* 708-775. Hasta su llegada a Buenos Aires los Jiménez Camprubí no fueron del todo conscientes de ciertas exigencias del contrato, especialmente una: la prohibición de cualquier actividad pública no supervisada y autorizada por Sara Durán, que no descuidó la posibilidad de obtener el mayor beneficio económico de la gira. Solo después de extinguirse el compromiso contractual pudo Juan Ramón aceptar libremente otras actividades. Por esta razón, la relación del poeta con la anfitriona no fue precisamente empática: a Juan Ramón le incomodó que hubiera entradas a un precio considerable para acceder a sus conferencias o que se les alojara en el Alvear Hotel, uno de los más lujosos de Buenos Aires, conociendo la difícil situación económica de gran parte de la comunidad refugiada (Véase la carta de Zenobia Camprubí a Sara Durán en *Epistolario III* 775). Juan Ramón no se recató en sus cartas a Amado Alonso o Juan Guerrero, calificando a Sara Durán de “avara”, “empresaria” o “falsa, ladina, insoportable” (González Ródenas en Jiménez, *Guerra en España* 133).

<sup>7</sup> El poema, con el nombre “Fundición”, acabaría formando parte de la sección “De ramas y de hojas” de *Una colina meridiana*.

*Política poética*, que pasa a *Vida y Poesía* y desaparece la palabra “democracia”. Juan Ramón retituló “Democracia y Aristocracia” como “Aristocracia de intemperie” (luego, en Argentina, se anunciará como “Aristocracia inmanente”), mientras que “Sucesión de la democracia” pasó a denominarse “Época en marcha o Hacia una ciudad mejor”, aunque el título con que se publicitó en tierras rioplatenses acabó siendo “La razón heroica”. Estas claudicaciones preventivas no alteraron el contenido de las conferencias, en las que las palabras democracia, política y hasta comunismo no solo no desaparecieron, sino que fueron nucleares.

Es importante leer despacio la carta en la que Juan Ramón anunció estas cesiones porque permite apuntar tres cuestiones importantes:

Yo creo que estas conferencias mías no pueden molestar a nadie en la Argentina ni en los otros países en los que debo ir a leerlas. [...]. Nadie puede ver en ellas “propaganda política” en el sentido usual de estas palabras. Yo salí de España porque quise, ya que no estaba de acuerdo con lo que se hacía en ninguna de las dos partes. No es fácil dividir un país en dos mitades, una toda buena y otra toda mala. Yo no pertenezco a ningún “partido político”, no soy comunista, nacista, fascista, monárquico, republicano, socialista, etc. [...]

En estas conferencias hablo de todo, la vida y la civilización en jeneral y en particular; y hablo a lo poético, puesto que su sentido particular y jeneral es la exaltación del espíritu, tan alicaído hoy, en el progreso, el cultivo, la vocación, el trabajo y la evolución social de nuestra época. Por mi espíritu soy colectivista en lo económico e individualista en lo moral. El título *Política poética*, que hace años espuse en la primera conferencia que yo escribí y que fue leída en Madrid, en la inauguración del Instituto del Libro, si no recuerdo mal, quiere decir en realidad (y por etimología) “ciudad o sociedad” y “soledad o libertad”.

[...]

Cuando yo llegue a Buenos Aires, entregaré a usted las conferencias, si lo desea; para que puedan ser censuradas en “su referencia social” por quien usted considere capacitado para hacerlo, y dentro de las circunstancias actuales de la República Argentina, entiéndase bien esto. Yo no quiero ni debo olvidar

que soy o voy a ser huésped de ustedes [...] (Jiménez, *Selección de cartas 203-204*)<sup>8</sup>.

La primera es la resistencia de Juan Ramón a identificarse con una mitad de España “toda buena”, que remite a su compleja relación con una parte del exilio literario español y a su escaso aprecio por algunas figuras políticas de la República. Juan Ramón salió de España fiel al espíritu de la República, y así lo expresó pública y reiteradamente, pero consciente de sus divisiones internas<sup>9</sup>. Esta conciencia se acentuó tras su acercamiento a México a comienzos de los 40. México se había convertido en la sede del exilio intelectual español, contaba con instituciones, revistas, editoriales a su servicio y una receptiva solidaridad, y Juan Ramón, que quiso estar ahí, aunque colaborando desde la distancia física por su residencia en los Estados Unidos, sintió a medida que avanzaba la década que una serie de figuras con las que había tenido desencuentros, decepciones o enfrentamientos importantes –José Bergamín desde luego, aunque no solo<sup>10</sup>– patrimonializaban el exilio de un modo que lo dejaba fuera. Gran parte de lo que publicó en México fue un intento de defenderse y justificarse ante insinuaciones y acusaciones que llegaban de una parte del

<sup>8</sup> Añade, por último, sin saber lo que le esperaba, que quiere leer sus conferencias del modo más sencillo y menos ceremonial posible: “leo siempre mis conferencias sentado como el público, y sin aparato. Como en una casa particular: una mesilla cualquiera, una silla cualquiera, con buena luz y un vaso de agua” (Jiménez, *Selección de cartas 204*). Acostumbrado al escaso aforo de sus conferencias en Miami, no preveía que se le destinara el teatro Politeama, uno de los más grandes de la ciudad. A pesar del pánico, la sorpresa y los nervios iniciales, las lecturas fueron un éxito y el poeta acabó sintiéndose cómodo. Logró, en todo caso, que su presencia en el escenario fuera lo más sencilla posible (Camprubí, “Juan Ramón y yo” 45).

<sup>9</sup> El más directo testimonio de la implicación y relación de Juan Ramón con la República antes y durante el exilio es *Guerra en España*, un libro que lo ocupó gran parte del exilio y que conocemos por la reconstrucción póstuma de Ángel Crespo (Barcelona, Seix Barral, 1985), revisada y aumentada por Soledad González Ródenas (Sevilla, Athenaica, 2024).

<sup>10</sup> Aunque la disputa con Bergamín arrancaba de antes, se agudizó en esos primeros años de la década del 40 en el que el campo intelectual de la España republicana se trasladó a México. Uno de los detonantes fue el prólogo que Bergamín escribió para su edición de las obras completas de Machado en Séneca (1940), la editorial que fundó en México con Emilio Prados, que Juan Ramón entendió –y así lo expresó públicamente– como una manipulación y simplificación no solo de la poesía machadiana sino de su figura. El momento álgido de la confrontación se produjo en 1944, año en el que intercambiaron duras críticas utilizando como plataformas las revistas *Letras de México* y *El Hijo pródigo*. Sobre la relevancia de estas revistas como escenario de la polémica y sus implicaciones en lo que Juan Ramón publicó en México véase García Gutiérrez 211-216.

propio exilio, de contrarrestar la construcción homogénea –en lo político y lo literario– del prototipo de republicano español, y de defenderse como poeta comprometido con su tiempo y con España *a su manera*, manera ridiculizada y hasta deslegitimada por algunos exiliados. Esto ayuda a comprender su rechazo al homenaje que quiso hacerle el Centro Republicano Español de Buenos Aires, que explicó en una durísima carta al jurista exiliado Luis Jiménez de Asúa, entonces director del Centro, figura importante durante la Segunda República y afín a Indalecio Prieto, contra el que cargó con acusaciones directas: “Si usted tiene una determinada estimación por don Indalecio Prieto, yo tengo también la mía, fundada en hechos concretos y conocidos de muchas personas”, hechos como no haber ayudado a republicanos de otra línea ideológica –“no hizo nada por los españoles que quisieron salir de España huyendo de la muerte” (Jiménez, *Guerra en España* 815)– y haber dispensado, por el contrario, a Bergamín importantes sumas de dinero de uso final incierto, un asunto este, el de Bergamín con fondos económicos procedentes de o destinadas a instituciones republicanas, que lo salpicaría más veces y pudo estar detrás de su salida de México. Juan Ramón renunció al homenaje pero no a visitar a los compatriotas del Centro y concedió una entrevista a su revista, *España Republicana*<sup>11</sup>. En esta y otras entrevistas, ratificó su determinación de no volver a la España franquista o su lealtad emocionada a Manuel Azaña y Julián Besteiro, representantes para él del espíritu de la República al que seguía fiel<sup>12</sup>.

La segunda cuestión es la definición de la palabra “política” que Juan Ramón propone, asociándola a “ciudad” y “sociedad”, es decir, a una conciencia comprometida con la identidad del ser humano en tanto habitante de la polis<sup>13</sup>. Ese intento de

<sup>11</sup> La entrevista, concedida a Antonio Salgado, se reproduce en *Guerra en España* 793-797 y en Jiménez, *Por obra del instante* 296-300.

<sup>12</sup> Hay diversos testimonios, públicos y privados, del aprecio profundo de Juan Ramón por Azaña y Besteiro, hombres cuyo sentido político asoció al linaje de la Institución Libre de Enseñanza, aunque solo uno podría bastar: su decisión de dedicar a la memoria de ambos, junto a la de Cipriano Rivas Cherif, su monumental y significativo *Guerra en España* “con mi agradecimiento por ideas y acciones”. La decisión ya estaba tomada en 1946, cuando este libro aún se llamaba, en su primera versión, *Español de su España* (González Ródenas en Jiménez, *Guerra en España* 120-121).

<sup>13</sup> Juan Ramón insistiría en esto en la presentación de sus conferencias en Buenos Aires, pronunciada antes de la impartición de la primera: “soy un político, quiero decir un hombre de la poli, la ciudad, y un escritor libre” (Jiménez,

definición apelando a la etimología –al origen limpio de las palabras, previo a su contaminación de contingencias espurias– es una de las estrategias utilizadas en las conferencias: el vaciamiento, reconquista y restitución del significado de palabras que consideraba profanadas, entre ellas, algunas tan delicadas como comunismo o democracia. Es lo que, al presentar su primera conferencia, “Límite del progreso”, llamó “sacarle el fantasmón” (Jiménez, *Política poética* 17) a las palabras, una expresión que retomó y desarrolló en la conferencia misma: “Las palabras, los nombres, tienen muchas veces un fantasma dentro que, a veces, se les mete ya de camino como un viajero raro en un tren, y que a veces les da un negro sonido terrible” (Jiménez, *Política poética* 107). En la carta a Sara Durán apunta ya Juan Ramón, además, el que pretende que sea el eje de sus conferencias, la simbiosis conceptual *política poética*, que cifra su obsesión de años: conciliar inmanencia y contingencia, colectividad e individualidad, responsabilidad comunitaria o social y libertad individual: “nuestro vivir solo y conjunto”, dirá en “El trabajo gustoso” (Jiménez, *Política poética* 22). Es su perseverancia singular por ese binomio que parecía invertir la entonces exitosa apuesta por una literatura política o *engagée* lo que lo llevará al primero de los exorcismos lingüísticos que procuró llevar a cabo en el Río de la Plata: la liberación de la palabra “comunismo” de su fantasma usurpador:

Quiero aclarar, desde esta primera lectura, ya que incrustaré la palabra comunismo de vez en cuando en las que voy a dar, que yo no puedo ser un comunista en el sentido en que hoy se llama comunista a Rusia, porque soy un individualista moral. Yo no soy, insisto, comunista, ni Stalin tampoco, por dos razones diferentes: Stalin es un imperiante y yo no soy ni un imperialista, ni un imperiable ni un imperiado.

[...]

Quien se preocupe hoy por Rusia, preocúpese porque no es comunista ni cosa que se le parezca. Comunista más que socialista fue el gran Tolstoi, comunista individualista; también lo fue Gandhi. Vamos a sacarle el fantasmón a esta palabra “comunismo”, tan española, que un español no puede dejar de españarse con ella; palabra corriente en toda la historia de España,

---

*Política poética* 18), rechazando la reducción del compromiso político a la militancia o adscripción a partidos.

como acabo de señalar con nombres, con su significado económico aislado (Jiménez, *Política poética* 17).

Frente a Stalin, y a partir de figuras como Tolstoi o Gandhi, formula Juan Ramón su definición de comunismo como “economía común”, economía colectiva o garantía gubernamental de necesidades materiales resueltas, compatible con lo que llama libertad de inteligencia y desarrollo libre de la vocación individual, fórmula que le llevará a proclamarse “comunista individualista” o “comunista lírico”.

Y por último, es importante detenerse en esa cesión a ser censurado porque resulta sorprendente si tenemos en cuenta que en 1943 fue su tajante negativa a que se revisaran sus textos lo que frustró las lecturas radiofónicas del proyecto *Alerta* al que se entregó con pasión durante varios meses y que estuvo detrás de la decisión del matrimonio de instalarse en Washington<sup>14</sup>. Es justo esto lo que nos informa del conocimiento que Juan Ramón tenía de la situación política argentina –por sus relaciones epistolares, sus lecturas de prensa, su constante atención a las noticias que llegaban de España y sus contactos con la comunidad hispanoamericana asentada en Washington- y permite interpretar su claudicación como un acto de solidaridad cómplice y estratégica con quienes confluían en Los Anales: “Dentro de las circunstancias actuales de la República argentina, *entiéndase bien esto*”, escribe Juan Ramón. “Yo no quiero ni debo olvidar que soy o voy a ser huésped de ustedes”, añade. Juan Ramón no ignoraba, además, la *entente cordiale* que se había establecido entre Perón y el régimen de Franco tras el viaje de Eva Perón a

<sup>14</sup> *Alerta* fue originalmente un plan de lecturas radiofónicas sobre literatura para el que la Oficina del Coordinador de Asuntos Americanos en Washington contrató al poeta en 1942. La intención era que contribuyeran a un mejor entendimiento entre los países de Las Américas en plena Segunda Guerra Mundial. En diciembre de 1941 Juan Ramón había escrito a Richard Pattee, de la División de Relaciones culturales del Departamento de Estado, ofreciendo sus servicios “para esta guerra decisiva que hoy empieza. Creo que todo hombre ‘libre’ tiene siempre que ayudar a defender los grandes ideales del espíritu amenazados desde tan oscuros abismos” (Jiménez, *Selección de cartas* 133). La “ayuda” se concretó en este proyecto radiofónico en el que trabajó a lo largo de 1942, pero al que renunció en octubre de 1943 cuando supo de la creación de una comisión militar encargada de revisar sus textos con potestad para modificar y suprimir (véase su carta a Henry Soderberg en *Selección de cartas* 147-8). El poeta quiso transformarlo en una serie de artículos de prensa, pero también este formato acabó frustrándose. Una reconstrucción del proyecto fue publicada con el título *Alerta* por Francisco Javier Blasco Pascual (Salamanca, Ediciones de la Universidad, 1983).

España en 1947, una alianza no solo comercial que podía hacer especialmente incómoda la figura de Juan Ramón en Argentina en tanto representante de la España exiliada e impenitente defensor de la legitimidad de la República. La situación es, pues, opuesta a la de *Alerta*: en aquella ocasión fue la autoridad política y militar estadounidense la que exigió ejercer el control. En Buenos Aires es la disidencia, con la que quiere colaborar y a la que evita perjudicar, la que propicia su flexibilidad. Juan Ramón sabía de la creciente reducción de libertades públicas y de las intimidaciones a algunos intelectuales, y era consciente de que la red de activismo y resistencia con la que simpatizaba, a pesar de las diferencias, debía ser prudente para sobrevivir y conformarse con el manejo de críticas solapadas contra Perón como las que *Sur* en general, o Borges en particular, practicaron con maestría: “Si lo resisto y Perón no me detiene, volveré aquí en octubre” (*Selección de cartas* 205), escribe Juan Ramón a Vicente Gaos el 25 de junio, poco antes de embarcar.

En todo caso, la inmersión de nuevo en lo que Juan Ramón llamaría sus conferencias “sociales” y la posibilidad de pronunciarlas en un marco receptivo, aunque cercado de hostilidades que sentía propias y dotaban a sus argumentos de mayor sentido y utilidad, puso fin al abatimiento del poeta. Por primera vez, se dispuso a recopilar estos textos no literarios, concebidos en un momento crítico de la historia española y de la historia Occidental, y se mostró ilusionado ante la posibilidad de ofrecer a un público hispanohablante y sensible tanto a las circunstancias del exilio como a las amenazas de los totalitarismos, una serie de reflexiones sobre función política, estructura social, comunismo o comunitarismo, democracia, imperialismo, capitalismo y progreso tecnológico con la intención de que resultaran provechosas o reveladoras en una fase de la historia que calificaba de “catastrófica” (“La razón heroica”, *Política poética* 165), un periodo que consideraba “terrible y mayor del mundo” (“Límite del progreso”, *Política poética* 123): un largo presente que “después de la penúltima guerra grande” (123) había instaurado el mercantilismo, el pragmatismo y la violencia, y obliterado el idealismo y la afirmación espiritual que cifraba en su particular concepción de “heroísmo”, eje de “La razón heroica”.

Por el modo en que revisó las conferencias, las seleccionó y las organizó, propiciando la articulación de una serie de ideas cuyo vínculo causal con la poética juanramoniana –su concepción de la poesía, el poeta y el poema– se explicita

reiteradamente, el material que Juan Ramón llevó al Río de la Plata puede considerarse el punto de partida de *Política poética*, un libro en el que trabajó con especial interés hasta el final de su vida pero que quedó, como otros, sin publicar<sup>15</sup>. A medida que se acercaba la fecha del viaje, Juan Ramón recibía más señales de que en Argentina y en Uruguay viejos amigos españoles y nuevos amigos rioplatenses lo esperaban con interés, con un deseo sincero de escucharlo y celebrar su presencia. El 28 de junio escribe Zenobia a su amiga Olga Bauer contando el entusiasta plan de trabajo del poeta, recuperando, revisando y reescribiendo las conferencias que quería pronunciar en Argentina: “Juan Ramón está en sus glorias ordenando sus papeles antes de dictarme” (*Epistolario III* 768). Ya en Nueva York, esperando para embarcar, es otro: “está muy bien moralmente y contento que es lo principal. Me alegro mucho (hasta ahora) de haberlo casi obligado a hacer este viaje”, anota Zenobia en su diario (*Diario 2. Estados Unidos* 311). Durante el trayecto, la transformación es asombrosa: “el cambio de Juan Ramón es una cosa extraordinaria”; “está espléndido. Todo es optimismo” (*Diario 2. Estados Unidos* 311). Disfruta del mar y empieza a escribir en estado de gracia los poemas que acabarán conformando *Animal de fondo*<sup>16</sup>; come de todo, no hay rastro alguno de las colitis, y revisa con mimo las conferencias que Zenobia pasa a limpio, mecanografiándolas. Estos son el estado físico y el ánimo que mantendrá en Argentina y Uruguay, intensificados por la hospitalidad, el cariño multitudinario y un entorno poético que sintió afín.

A las cuatro conferencias originalmente contratadas para ser pronunciadas en el Politeama de Buenos Aires –“Límite del progreso” el 9 de agosto; “Aristocracia de intemperie” el 20 de agosto; “El trabajo gustoso” el 23 de agosto; y “La razón heroica” el 3 de septiembre, en sustitución de la anunciada “Hacia una ciudad mejor”–, y a las dos comprometidas después, por petición

<sup>15</sup> Hubo un primer intento de publicación por parte de Juan Ramón en 1949, en el que me detendré más adelante. En 1982 Germán Bleiberg editó en Alianza su propuesta de reconstrucción de *Política poética*, partiendo de los borradores que se conservan en la Sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez de la Universidad de Puerto Rico, acompañada de una breve “Presentación”.

<sup>16</sup> *Animal de fondo*, un libro que Juan Ramón consideró fruto del viaje a Argentina, se publicó en 1949 en la editorial bonaerense Pleamar, con el cuidado de Rafael Alberti, en edición bilingüe con versión al francés de Lysandro Galtier. Fue uno de los pocos libros de poesía que Juan Ramón publicó casi inmediatamente después de su escritura, como libro cerrado y sin apenas retoques, y el único de esas características durante el exilio.

de Sara Durán, para el Teatro Solís de Montevideo, Juan Ramón sumó lecturas en Rosario, Santa Fe, Paraná, Córdoba y La Plata. Habría, además, a finales de octubre, otras dos charlas en Buenos Aires: “El siglo modernista”, que impartió el día 23 en el Colegio Libre de Buenos Aires, y una lectura pública de *Animal de fondo*. Estas últimas conferencias, no previstas inicialmente, son inequívocamente literarias y responden, creo, a dos circunstancias: al encuentro de Juan Ramón con un estado poético rioplatense inesperadamente abierto a su magisterio y afín a sus ideas sobre la vigencia del verdadero espíritu del modernismo –otra palabra a la que llevaba tiempo intentando “sacarle el fantasmón”<sup>17</sup>; y a su necesidad de compartir –casi devolver– al público argentino ese libro nacido inequívocamente de un trayecto por mar que funcionó casi a modo de renacimiento: “Los poemas

---

<sup>17</sup> En diversas cartas y documentos datados en los 40 dice Juan Ramón estar trabajando en un libro sobre el modernismo. Especialmente ilustrativa es una carta a Díez Canedo (6 de agosto de 1943) en la que explica que sus conferencias y cursos en los Estados Unidos entre 1941 y 1943 “me han ido trayendo un libro mayor, El Modernismo, con subtítulo Época. Es el intento de una visión total y verdadera de este gran movimiento, mezcla de verdad y mentira; verdad que, salvada de la mentira, integra para mí toda la poesía y la literatura mejor, españolas e hispanoamericanas, de lo que va de siglo, y que durará, a mi modo de ver, lo que dura siempre una gran época poética o científica, un siglo, tres generaciones: iniciación, plenitud y decadencia” (Jiménez, *Cartas literarias* 66). También en la primera de las lecturas radiofónicas que preparó para *Alerta* habló Juan Ramón de “mi libro *El Modernismo* en el que trabajo hace años”, presentando el ciclo como una síntesis de sus ideas fundamentales (Jiménez, *Alerta* 28). El libro no se publicó, pero Juan Ramón no abandonó nunca este asunto que sintió intrínsecamente unido a sus planteamientos políticos: el modernismo, como actitud y como acción en defensa de la Belleza y el Espíritu, sería una forma de lucha contra las amenazas de un mundo cada vez más deshumanizado, violento, resignado y materialista, plenamente vigente, en su opinión, en los años 40 y 50. El modernismo fue el tema del curso que impartió en 1953 en la Universidad de Puerto Rico y que publicaron, reconstruido a partir de apuntes y grabaciones, Ricardo Gullón (*El Modernismo. Notas de un curso. 1953*. México, Aguilar, 1962) y Jorge Urrutia (*El Modernismo. Apuntes de curso*, Madrid, Visor, 1999).

El interés de Juan Ramón por fomentar y respaldar la actividad poética de las jóvenes promociones no solo dio pie a las luego conflictivas relaciones con algunos miembros de la Generación del 27 sino también a su participación durante el exilio en algunos certámenes que facilitaron el establecimiento de vínculos relevantes con jóvenes poetas en Cuba (con Lezama Lima y, en general, el grupo *Orígenes*) o en Argentina. Aprovechando la visita de Juan Ramón, la Sociedad Argentina de Escritores convocó a poetas noveles a enviarle sus creaciones con el fin de organizar una velada en la que el poeta español haría pública una selección. La respuesta fue tan grande que Juan Ramón anunció su intención de componer una antología que, finalmente, se frustró. Sobre el proyecto, véase Carmen Morán Rodríguez, *Juan Ramón Jiménez y la poesía argentina y uruguaya en el año 48 (Historia de una antología jamás publicada)*, Madrid, Visor, 2014.

que voy a leer los debo tanto a ustedes como a mí. Si yo no hubiese hecho este viaje, no habría escrito estos versos” (Jiménez, *Política poética* 487)<sup>18</sup>.

Una mención particular merece el paso de Juan Ramón por Montevideo, donde la acogida fue mayor si cabe que en las distintas ciudades argentinas, no en cantidad de público, pero sí en el entusiasmo que le brindó la plana mayor de la joven y prometedora generación del 45, aunque también Juana de Ibarbourou, Carlos Sabat Ercasty o Gastón Figueira, entre otras figuras poéticas y académicas relevantes ya asentadas. Aunque estaban anunciadas “Límite del progreso” (13 de agosto) y “Aristocracia de intemperie” (16 de agosto), Juan Ramón las cambió respectivamente por “La razón heroica” y, de pronto, por una conferencia literaria, “Poesía abierta y poesía cerrada”, una sustitución esta última inmediatamente posterior a su encuentro en casa de José Pedro Díaz y Amanda Berenguer con un nutrido grupo de jóvenes poetas o aficionados a la poesía (Ida Vitale, Idea Vilariño, Emir Rodríguez Monegal, Ángel Rama o Manuel Claps). ¿Por qué ese cambio inesperado que rompía, además, el tono social del resto de las conferencias? Quizás maravillado por la altura poética de la joven promoción uruguaya entendió que en Montevideo debían ser los poetas sus principales receptores, tanto más cuanto que la situación política del país era otra, menos necesitada de sus pronunciamientos sobre totalitarismo, democracia o libertad: de hecho, hasta tuvo recibimiento institucional en el Senado, que lo homenajeó como representante de la “España peregrina, aventado fuera de las fronteras de la patria por la tiranía y que mantiene, en el exilio, la libertad de espíritu” (Jiménez, *Guerra en España* 809)<sup>19</sup>. Hasta tal punto se sintió cómodo, acompañado y seguro de sí mismo en Montevideo

<sup>18</sup> Juan Ramón rara vez leyó sus poemas en público, lo que intensifica el valor simbólico de esta presentación. Así lo aclaró antes de proceder a la lectura de *Animal de fondo*: “Con tres excepciones [...] nunca he leído poemas míos en público. La primera excepción fue en honor de unos extranjeros, en Madrid; la segunda, de unos ciegos en Puerto Rico; la tercera, de unos niños en la Florida. [...] Leer en público un lírico es desnudarse en público. [...] Hoy me desnudo ante ustedes. Verán ustedes huesos escritos. Y no es que tenga yo interés especial en enseñar mis huesos; sino que creo honrado y justo enseñarles estos huesos envueltos en hojas verdes del mar y de la tierra hacia ustedes” (*Política poética* 487).

<sup>19</sup> A diferencia de lo que pasó en Argentina, donde la prensa oficial e institucional apenas registró sus conferencias y donde Juan Ramón no fue objeto de ningún recibimiento gubernamental.

que se reunió con la generación del 45, aun sabiendo que simpatizaba y hasta había acogido como maestro a Bergamín, que llevaba viviendo en Uruguay desde septiembre de 1947<sup>20</sup>. No se engañaba Juan Ramón en lo relativo al público selecto que lo escucharía en Montevideo: frente a los informes anecdóticos y superficiales que en la mayoría de los casos publicó de sus conferencias la prensa argentina, quizás intencionadamente, o frente al silencio “sonoro” de algunas revistas académicas institucionales (la *Revista de la Universidad de Buenos Aires* o el *Boletín de la Academia Argentina de Letras*), un jovencísimo Rodríguez Monegal haría para *Marcha* una reseña espléndida demostrando su comprensión de unas lecturas que, a pesar del éxito popular, no dejaban de ser abigarradas y complejas, extensas e intensas, y de una densidad conceptual de no fácil acceso<sup>21</sup>.

De las conferencias pronunciadas en el Río de la Plata interesan aquí aquellas que, por tema y orientación, constituyeron

<sup>20</sup> Efectivamente, José Pedro Díaz y Amanda Berenguer, los anfitriones de la velada del día 15, estaban especialmente vinculados a Bergamín, que desde abril de 1948 daba clases de Literatura española en la Facultad de Humanidades de la Universidad. A partir de testimonios inéditos de algunos de los participantes, Antonio Campoamor se ha referido en detalle a las circunstancias de esta reunión, insistiendo en la buena actitud de Juan Ramón a pesar de conocer el padrinazgo que Bergamín ejercía sobre los anfitriones y algunos de los asistentes (280-284). Durante los días que Juan Ramón estuvo en Montevideo, Bergamín impartía un ciclo de conferencias en la Universidad bajo el título “España entre dos luces (1847-1918)”. Según Rosa M<sup>a</sup> Grillo (43-44) Bergamín asistió a las dos conferencias de Juan Ramón, pero ni se saludaron ni se encontraron. Campoamor recoge una carta que, al parecer, Juan Ramón dio a Clara Silva para que se la entregara a Bergamín, mostrándose abierto a un encuentro que difícilmente podría calificarse de reconciliación (284). Otra carta a Bergamín, escrita dos semanas después en términos muy similares, se incluye en *Guerra en España*, 911-12.

<sup>21</sup> El artículo de Rodríguez Monegal, “Imagen sucesiva de Juan Ramón Jiménez”, se publicó en el 20 de agosto de 1948 en el n<sup>o</sup> 442 de *Marcha*. El éxito “popular” de las conferencias de Juan Ramón se redujo al Río de la Plata, en realidad. En su diario *Zenobia* anotó con frecuencia la perplejidad y hasta la decepción que la lectura de algunas de estas conferencias provocó en el nunca numeroso auditorio de las Universidades de Miami o Duke donde, como veremos, fueron pronunciadas a comienzos de los años 40, a pesar de tratarse de un público vinculado al ejercicio universitario: apenas hubo nunca preguntas o comentarios y *Zenobia* se dolía de lo que parecía una falta total de comunicación o entendimiento entre el poeta y sus oyentes. A eso se añade que, según Graciela Palau de Nemes, las conferencias se traducían simultáneamente al inglés, en versiones previamente preparadas por *Zenobia* (Camprubí, *Diario 2. Estados Unidos*, 181, n. 3). Esa misma decepción consta en algunas notas de prensa argentinas en las que, quien escribe, se muestra defraudado por no haber escuchado recitar *Platero y yo*, libro fundamental en la educación literaria argentina. Respecto al mutismo del *Boletín*, Campoamor añade un contrapunto que lo hace aún más significativo: sí dedicó 23 páginas a la recepción de José María Pemán como académico correspondiente (296).

el germen del proyectado *Política poética*: “Límite del progreso”, que dictó en dos ocasiones; “El trabajo gustoso”, en tres; “Aristocracia de intemperie”, impartida una vez; y “La razón heroica”, pronunciada dos veces<sup>22</sup>. No es difícil conocer el contenido de cada una en el momento en que Juan Ramón las dictó en Argentina o Uruguay, a pesar de la larga gestación de casi todas antes, durante y después del viaje, si bien hay que contemplar la posibilidad de que alterara en la lectura lo previsto en los dactiloscritos que se conservan del viaje o que la publicación de alguna de las conferencias el mismo 1948 no coincidiera de manera literal con lo que expuso oralmente. Se conservan también las presentaciones que Juan Ramón añadió a cada conferencia y la que preparó como introducción al ciclo, ya citada, que antecedió a la primera lectura y en la que, como se señaló, quiso aclarar su concepto de comunismo, consciente de las alarmas que dispararía la palabra, sin renunciar a ella y refundándola con el adjetivo “individualista” con el fin de liberarla del “fantasmón” que se cernía sobre el ideal de redistribución y administración política de la riqueza material.

“La razón heroica” se publicó en el n° 11 de septiembre-octubre del mismo 1948 en la revista *Realidad*, lo que permite conjeturar que esta versión reproduce con fidelidad las conferencias impartidas ese año con ese nombre<sup>23</sup>. *Realidad* también formaba parte del círculo antiperonista en la que hay que ubicar Los Anales de Buenos Aires, aunque en ella el peso de la comunidad española en el exilio era mayor<sup>24</sup>. La revista se había inaugurado

<sup>22</sup> “Poesía abierta y poesía cerrada” fue dictada, finalmente, en tres ocasiones. Es la única que, en el embrión de 1948, no formaba parte del proyecto *Política poética*.

<sup>23</sup> Antes, en 1942, había sido pronunciada en el Instituto de Estudios Hispanoamericanos de la Universidad de Miami y en los cursos de verano de la Universidad de Duke. González Ródenas reproduce en *Guerra en España* (763-782) una versión de esta conferencia procedente, al parecer, de una prueba de imprenta, en la que el poeta tachó dos fragmentos que no se incluyeron en *Realidad* (763, n. 68).

<sup>24</sup> Aunque dirigida por Francisco Romero, los principales inspiradores de *Realidad* fueron Lorenzo Luzuriaga y Francisco Ayala. Guillermo de Torre formaba parte del Consejo de redacción. En ella colaboraron Ezequiel Martínez Estrada, Carmen Gándara, Eduardo Mallea o Carlos Alberto Erro, aunque su impulso provenía de ese republicanismismo en el exilio del que Juan Ramón se sentía parte: Ayala, Luzuriaga, Amado Alonso o Guillermo de Torre que, en el número anterior (n° 10, pp. 125-126) había publicado “Presencia de Juan Ramón Jiménez y realidad de la inmensa minoría”, breve crónica que adelantaba el perfil “político” del poeta: su “credo ejemplarmente aristocratista de un demócrata”, el colectivismo económico compatible con el individualismo en lo

en enero del 47 con un editorial acorde al militante idealismo juanramoniano y a su diagnóstico sombrío del presente histórico: “*Realidad* se llama esta publicación, porque intenta atender [...] a la vasta realidad contemporánea [...]. Le hemos puesto como subtítulo *Revista de Ideas*, porque en cuanto pensamiento y por el pensamiento interviene en lo real el escritor. Hechos e ideas componen la maraña de lo real, sin excluir la idealidad que es ansia y prefiguración de lo futuro”. También conocemos los contenidos de “El trabajo gustoso”, publicada, como se adelantó, en 1936 con el título “Política poética” y pronunciada en Cuba y en la Universidad de Duke. Y de “Aristocracia inmanente” que, con diversos títulos (“Aristocracia y democracia” o “Democracia y aristocracia (o aristocracia de intemperie)”, y tras una larga gestación, se publicó en 1941 como “Aristocracia y Democracia” y en enero de 1948 en Nueva York<sup>25</sup>. En lo que respecta a “Límite del progreso”, se conserva la versión mecanografiada que utilizó en Argentina, aunque fue la conferencia en la que más trabajó desde su germen en la cubana *Verbum* (julio-agosto de 1937), la que más amplió y a la que siguió volviendo, la última vez a principios de los 50, cuando decidió dividir el texto en secciones, la primera de las cuales, “Quemarnos del todo”, publicó en 1956 en México y Argentina<sup>26</sup>.

---

demás, la crítica al maquinismo sin límite como causa de alienación. Señalaba, además, que esa “inmensa minoría” a la que decía dirigirse el poeta lo era cada vez más, más inmensa y más anhelante de mensajes como el que traería a Buenos Aires; e insistía en que lejos de ser una ocurrencia, estas ideas eran fruto de una larga reflexión que Juan Ramón ya había expuesto en intervenciones públicas en los Estados Unidos.

<sup>25</sup> Como señala González Ródenas, “Juan Ramón escribió esta conferencia con el título ‘Aristocracia y democracia’ –o ‘Democracia y aristocracia (o Aristocracia de intemperie)’– entre 1937 y 1938, con la intención de pronunciarla en la Institución Hispanocubana de Cultura, pero no llegó a hacerlo. Modificada y ampliada, fue leída en 1941 en el Hispanic Institute de Miami” (en Jiménez, *Guerra en España* 747, n. 62). El título “Aristocracia inmanente” procede de la versión para Argentina. Como “Aristocracia y democracia” se publicó en 1941 en un volumen editado por la Universidad de Miami que recogía las conferencias pronunciadas ese año en el Hispanic Institute, y en 1948 en *La Nueva Democracia*, XXVIII, 1, enero de 1948.

<sup>26</sup> El origen de esta conferencia estuvo en las mencionadas notas que, con el título “Límite del progreso”, Juan Ramón escribió en 1936 en Nueva York, impresionado por el cambio de la ciudad que visitara veinte años atrás y por cómo se había convertido en la expresión más evidente de una serie de valores capitalistas y mercantilistas que, junto con los totalitarismos, señalaría como causa de la desespiritualización del mundo y de la alienación dramática del hombre moderno. Como explica González Ródenas, “el texto fundamental de esta conferencia lo redactó en Cuba, entre 1938 y 1939” (en Jiménez, *Guerra en España* 721, n. 58). Lo expuso con el título “Límite del progreso o la debida proporción” en 1942, en el Instituto de Estudios Hispanoamericanos de la

¿Qué se propuso Juan Ramón con estas conferencias? Él mismo lo resumió en “Sobre mis lecturas en la Argentina” publicado en *La Nación* en febrero del 49<sup>27</sup>: “hablar del espíritu: en poesía abierta, en progreso mejor; en sucesión social; en trabajo gustoso; en razón heroica; en conciencia de dios bello. Por eso las llamé lecturas sobre poesía y vida” (Jiménez, *Política poética* 489). Esa fe y exaltación del espíritu se derivan de una convicción: contra las evidencias, es la paz, y no la guerra, el “estado normal del mundo”, según desarrolla en “El trabajo gustoso” (*Política poética* 19); y de la adopción de una actitud coherente con esa convicción: lo que llama “idealismo” frente al “realismo” dominante “en estos últimos tiempos”, un realismo que conduce, explica Juan Ramón en “La razón heroica”, a “un mundo apocado, disminuido, equivocado, descentrado”, un mundo “envejecido” que ha perdido “perennidad, eternidad, intemporalidad” (*Política poética* 157). Frente a la resignación y al pragmatismo, el poeta propone el rescate del espíritu, del ideal, no como “meta” sino como “tránsito”, no como el paraíso “estatuario” externo al hombre inventado por las religiones sino como “transparente hoguera que corre delante de nosotros”, como fuego vivo, dinamismo que está en “nuestro dentro” (*Política poética* 163). Ante la debacle histórica y moral, idealismo es para Juan Ramón sinónimo de “heroísmo”, un heroísmo que entiende connatural a la esencia humana y a la paz como “estado normal”, frente a la violencia deshumanizada y fragmentadora que hace derivar del conformismo, el cinismo o lo que en “Límite del progreso” llamará el “quemadá” (*Política poética* 124).

Desde ahí, construye Juan Ramón su idea de democracia como “sucesión”, estado dinámico y por ello perfectible, partiendo de la reconquista provocadora de la palabra “aristocracia”. Como hiciera con “comunismo”, la vacía de su deformación

---

Universidad de Miami y en los cursos de verano de la Universidad de Duke (González Ródenas, en Jiménez, *Guerra en España* 721, n. 58). Su interés y preocupación por las ideas centrales de esta conferencia –la mecanización del ser humano en el engranaje capitalista, los riesgos deshumanizadores y alienantes del utilitarismo y el mercantilismo, la reducción del progreso a lo tecnológico– lo llevaron a seguir profundizando en ellas y a segmentar la conferencia inicial, ampliándola. El primero de esos segmentos se publicó como “Quemarnos del todo” en *Centro* (Buenos Aires, julio de 1956, pp. 5-8) y en *El Nacional* de México (3 de junio de 1956).

<sup>27</sup> Eduardo Mallea, con quien los Jiménez Camprubí entablaron cordiales relaciones, dirigía el suplemento dominical de *La Nación*, en el que Juan Ramón ya había colaborado antes del viaje.

semántica a lo largo de la historia y la restituye, apelando a lo que considera su matriz etimológica: aspiración al gobierno mejor. Le saca el “fantasmón” –“es necesario matar al fantasma de las palabras negras, metiéndose dentro de ellas y de él con su propio nombre, no dejarnos asustar por el nombre del fantasma, ver en qué queda desnombrándolo” (*Política poética* 108)– y arrebatada la palabra “aristocracia” a la clase social “tradicional” española –“lastre hueco y pesado” (*Política poética* 59)– contra la que se manifiesta sin piedad, pero sobre todo, la estrategia le sirve para dinamitar el binarismo democracia *vs.* aristocracia como falacia involuntaria que pone en riesgo, por autocomplaciente, la democracia misma. Es el fuego idealista el que lo hace no conformarse –aun apreciándolas– con las democracias de su tiempo, esclerotizadas en la mitificación del pueblo cosificado en plebe desde la autoridad autolegitimada del orden burgués, o representadas por unos Estados Unidos cuyos valores pragmáticos y mercantilistas adocenán y domesticán el espíritu humano impidiendo su inherente desarrollo posible. Juan Ramón es consciente del lazo que une los valores de la modernidad histórica (utilitarismo, capitalismo, desacralización, razón, progreso) con la entronización de la burguesía, clase y orden que han supuesto un avance en la desjerarquización social, pero no un avance suficiente. Ve en ella una medianía que apuntala el sistema de clases que le repugna: que aspira a o se emboha con la aristocracia tradicional, y que mira con desdén, para distanciarse, al pueblo. Una clase “empantanada”, ensimismada, “el purgatorio de la burguesía” (*Política poética* 126) dice, entre el infierno de la aristocracia tradicional y el cielo de la ideal, que impide el ascenso a lo mejor por haber reducido el ideal vital a bienestar material sin autocrítica ni heroísmo. Las democracias reales serían así, para Juan Ramón, un paso intermedio, una escala hacia la aristocracia verdadera, que es impulso crítico hacia una sociedad mejor:

Es preciso convencernos, asegurar al hombre equivocado de que no somos aristócratas por *descender* de tal confusión famosa humana, cabeza de toros o de serpientes, con motes heráldicos más retóricos que poéticos, sobre todo porque tal antecesor ambiguo, matase ferozmente muchos moros o ayudara con oro indemostrable a tal rey [...]. Somos aristócratas por *ascender* o querer ascender a un ser que todos debemos estar creando, porque estamos aspirando a crear y creando

nuestro yo superior, nuestro mejor descendiente (*Política poética* 62; la cursiva es mía).

Pero además, contra la autocomplacencia y contra la petrificación de la democracia, Juan Ramón señala una de sus mayores amenazas, su enemigo invisible: el capitalismo y su encumbramiento del progreso material, técnico y consumista, un progreso sostenido en la desespiritualización y deshumanización de la poli. En “Límite del progreso”, Nueva York cifra el triunfo de la máquina contra el espíritu, del progreso técnico y material como ideal cegador. A su albur, el hombre está “siempre cansado y deshecho” porque “no va a ninguna parte” (*Política poética*, 110). Hipnotizadas, las gentes se mueven “dementes de equivocación colectiva” entregadas a la “actividad loca de una inmensa trashumancia de pesadilla oscura y asfixiante” (111):

Mucho se habla en esta máquina descompuesta de Nueva York de democracia; y en realidad Nueva York es el centro de la llamada democracia capitalista, que corta al hombre en una medida escéntrica. La democracia céntrica, en cambio, sería la que condujera al hombre a su centro en lo material; a lo necesario, a lo necesario cualitativo, bueno, bello, y suficiente; a lo necesario justo, a lo necesario amado, a lo necesario verdaderamente necesario (*Política poética* 112-119).

Este modelo de civilización que Juan Ramón veía imponerse, es para el poeta una atrofia de lo humano posible, un “fracaso general humano” (*Política poética* 112). Para despertar a las “víctimas” del mercado, el capital y la máquina, Juan Ramón propone la poesía tal y como fue concebida por el modernismo: desde la recuperación militante y beligerante del sentido religioso –no dogmático– de la vida que la modernidad histórica desterró y el pueblo conservó –lo que Juan Ramón llama pueblo “verdadero”– por su comunicación con la naturaleza y el cultivo espontáneo de la poesía, libre de modas y retóricas pasajeras. “Todos hemos nacido del pueblo, de la naturaleza, y todos llevamos dentro esa gran poesía original, paradisíaca, que es natural unión, nuestro comunismo” (*Política poética* 32). La poesía es, así, lenguaje que expresa la bisagra del hombre histórico con la inmanencia, accesible por la propia naturaleza de lo humano a cualquiera, “expresión de aristocracia sin igual” (*Política poética* 77), una acción inconformista contra los errores de la poli

derivados de la desorientación y fragmentación originadas en la pérdida de ideal y espíritu: “se ve el mundo como una serie de parcelas, lejanas entre sí, y más en sentimiento que en espacio; limitadas por colores distintos, esos vagos colores de las ideas y de las banderas. Es el mundo como un mapa de la antipatía, acaso del odio, en que cada uno elige el simbólico color de su diferencia” (*Política poética* 167), división y antipatía que se extiende fatalmente “para separarnos por razas, por colores, por castas, por clases” y “por grados de cultura” (*Política poética* 168). Contra ellas, la poesía es para Juan Ramón una forma de concordia y comunidad universal a través del espíritu, “una íntima, profunda (honda y alta) fusión, en nosotros, y gracias a nuestra contemplación y creación, de lo real que creemos conocer y lo trascendental que creemos desconocer” (*Política poética* 82) una forma de regresar a la belleza universal, de construir un sitio que nos habite y habitemos, de restaurar el hilo que une lo visible con lo invisible, al hombre con el hombre. Conectar el hoy enajenante con la poesía es, en fin, la solución juanramoniana: solución que sintió posible y viva, en marcha, en el Río de la Plata.

### Epílogo

Juan Ramón dejó Buenos Aires con la intención de volver, pero el propósito se fue enfriando, entre otras cosas por el recrudescimiento de la situación política en Argentina. Todavía en mayo de 1949 estaba vivo el plan de repetir el ciclo de conferencias, según se deduce de sendas cartas de Zenobia a Carlos Luzuriaga y a Marta Brunet en las que se contempla a Chile como parte de la gira y se añaden cuatro conferencias nuevas: “1. Incomprensión de la gracia. 2. De la profundidad en poesía. 3. Cultivo y cultura. 4. Concepto de universidad” (*Epistolario III* 846-848). A pesar del entusiasmo renovado al recibir la edición de *Animal de fondo*, Juan Ramón volvía a sus problemas digestivos y a la melancolía por falta de expansión en los Estados Unidos, iniciando un nuevo periodo de decaimiento al que ayudaba poco la situación argentina: aumentaba el hostigamiento contra los escritores y aunque el campo de acción intelectual antiperonista perseveraba, lo hacía cada vez más reducido y disperso, con la presión añadida de la difícil situación económica nacional. En 1949 Los Anales de Buenos Aires dejaron de funcionar y en diciembre de ese mismo año dejó de publicarse *Realidad*. Tras dos décadas en

Argentina, Amado Alonso renunció como director del Instituto de Estudios Filológicos “ante la negativa de las autoridades universitarias a concederle una licencia para dictar un curso en Harvard”, lo que lo determinó a marcharse a los Estados Unidos (Colombi 47). El 26 abril de 1949 escribía Zenobia a Guillermo de Torre: “nos gustaría volver allí, aun cuando no fuese más que para volver a ver a los amigos, pero con el estado actual político, sobre todo agravado en estos últimos meses, no puede uno tampoco decidir nada” (*Epistolario III* 845). El 3 de mayo confesaba a Luzuriaga: “el estado político del mundo y ciertas críticas en algunos de los periódicos de aquel país [se refiere a Argentina] parecen haber desanimado a J. R. un poco” (*Epistolario III* 847).

Respecto a las conferencias, hubo proyecto de edición como libro en la editorial Sudamericana –hubiera sido la primera versión, pues, de *Política poética*–, según se desprende de carta de Zenobia a su director, Antonio López Llausás, del 13 de marzo de 1949 (*Epistolario III* 838). Juan Ramón se comprometió a enviarle las conferencias para componer un libro y hasta recibió un anticipo de la editorial, pero lo devolvió al no poder cumplir con los plazos fijados: como todavía en marzo de 1949 contemplaba la posibilidad de repetir las conferencias en otros países de los que habría recibido solicitudes –Chile y Colombia–, prefería “esperar hasta haberlas leído este verano para dar el libro” (Camprubí, *Epistolario III* 838). La devolución del anticipo no invalidaba el contrato, aclara Zenobia en su carta a López Llausás, insistiendo en que más adelante le enviaría el libro de conferencias aumentadas “con tres nuevas” “o el otro, *Crítica*, de que le habló” (*Epistolario III* 838-839). Finalmente, ni hubo nuevo ciclo de conferencias ni hubo libro. Juan Ramón no tardó en sumergirse en una nueva fase depresiva especialmente cruel, invalidante y prolongada en el tiempo. *Política poética* quedaría inédito, planeado y vuelto a planear en diversos índices y revisiones hasta su publicación póstuma por Germán Bleiberg en 1982.

### **Bibliografía**

Campoamor González, Antonio. *Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí. Años americanos. 1936-1958*. Huelva, Biblioteca de Estudios Juanramonianos, 2024.

Camprubí, Zenobia. “Juan Ramón y yo (Peregrinaciones de un famoso poeta español en este continente)”. *Américas*, vol. 6, n° 10, octubre 1954, pp. 9-11 y 45-46.

Camprubí, Zenobia. *Diario 2. Estados Unidos (1939-1950)*. Ed. de Graciela Palau de Nemes. Madrid, Alianza/Universidad de Puerto Rico, 2006.

Camprubí, Zenobia. *Epistolario III. 1936-1951*. Ed. de Emilia Cortés Ibáñez. Madrid, Residencia de Estudiantes, 2022.

Colombi, Beatriz. “Juan Ramón Jiménez. La proyección argentina”. *Juan Ramón Jiménez e Hispanoamérica. Diálogos, exilio, resiliencia*, Rosa García Gutiérrez (ed.), Huelva, Biblioteca de Estudios Juanramonianos, 2018, pp. 43-59.

Grillo, María Rosa. *Exiliado de sí mismo: Bergamín en Uruguay, 1947-1954*, Zaragoza, Ediciones de la Universidad de Lleida, 1999.

García Gutiérrez, Rosa. “Un comprendedor distinto’. Juan Ramón Jiménez lee a Teresa Wilms Montt”. *Guaragua. Revista de Cultura Latinoamericana*, n° 66-67, 2021, pp. 187-231.

Jiménez, Juan Ramón. *Selección de cartas (1899-1958)*. Barcelona, Picazo, 1973.

Jiménez, Juan Ramón. *Política poética*. Ed. de Germán Bleiberg, Madrid, Alianza, 1982.

Jiménez, Juan Ramón. *Alerta*. Intr. y notas de Francisco Javier Blasco Pascual. Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1983.

Jiménez, Juan Ramón. *Una colina meridiana (1942-1950)*. En *Lírica de una Atlántida*. Ed. de Alfonso Alegre Heitzmann. Barcelona, Tusquets, 2019, pp. 169-270.

Jiménez, Juan Ramón. *Guerra en España. Prosa y verso (1936-1954)*. Ed. de Ángel Crespo y Soledad González Ródenas. Sevilla, Athenaica, 2024.

Louis, Annick. “Los Anales de Buenos Aires y su director, Jorge Luis Borges”. *Revistas, archivos y exposición. Publicaciones periódicas argentinas del siglo XX*, Verónica Delgado y Geraldine Rogers, (eds.), Universidad Nacional de La Plata, 2019, pp. 93-117.

Morán Rodríguez, Carmen. *Juan Ramón Jiménez y la poesía argentina y uruguaya en el año 48 (Historia de una antología jamás publicada)*. Madrid, Visor, 2014.

Navascués, Javier de. *Alpargatas contra libros. El escritor y las masas en la literatura del primer peronismo (1945-1955)*. Madrid, Iberoamericana, 2017.

Rodríguez Monegal, Emir. “Imagen sucesiva de Juan Ramón Jiménez”. *Marcha*, n.º 442, 1948, pp. 14-15.